

EL MOTÍN

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid y provincias, trimestre 1,50 pesetas.
— Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año. — Nú-
mero suelto, 10 céntimos. — Atrasado, 25. — Co-
rresponsales, 25 números, 4,50 pesetas.

REVISTA DE COMISARIO

Vaya, caballeros, hablemos claro.
¿Qué hace esa minoría republicana?
¿Qué esos hombres que todavía pre-
sumen de jefes?

¿Qué ese partido federal, de radical
tachado?
¿Qué ese Directorio de fusión, de cuya
existencia hay ya quien duda?

¿Qué ese partido progresista, que de
revolucionario blasona?
¿Es que no existen realmente como
tales organismos?

Todos los meses, al pasar la revista
de comisario en el cuerpo de artillería,
se nombra á los capitanes don Pedro
Velarde y don Luis Daoiz, y dos artile-
ros se encargan de decir: «Presente,» á
pesar de que murieron el 2 de Mayo de
1808.

¿Si estará ocurriendo entre nosotros
lo mismo, es decir, que estén política-
mente muertos esos organismos y esos
señores, y continuemos nombrándolos
en nuestras revistas de comisario?

Que se averigüe, pues, si es que real-
mente existen; y en caso afirmativo,
exijámosles, ó que respondan á lo que
su nombre ó su cargo les obliga, ó que
se retiren de una vez y para siempre de
la política activa, disolviendo esos orga-
nismos inútiles, cuando no perjudicia-
les.

Todo, menos continuar como esta-
mos, sirviendo de burla y chacota á los
monárquicos mismos.

JOSÉ NAKENS

Los jóvenes de Bizancio

Había caído sobre el Imperio antes poderoso
gran pesadumbre. Cada guerra costaba al país un
desengaño y una vergüenza. La nación subsistía
á falta de otra cosa: si no la hubiesen derriba-
do los turcos, la hubiese destruido yo. Hay mu-
chas cosas que se mantienen en pie porque á na-
die se le ha ocurrido echarlas abajo.

Fué una agonía lenta de diez siglos, el espirar
de un pueblo que había sido grande. En su seno
padecía un número inmenso de miserias. Cuan-
do ya parecía agitada la última infancia, todavía
quedaban otras más canelasescas que al mañana
eterno. Pero en medio de tanto vicio y degrada-
ción, impregnábase todo de un refinamiento an-
tiguo, perpetuábase en los templos un arte de
piedra.

Bizancio será siempre la sombra amada de los
pueblos que mueren. Y esos artistas parisenses
corrompidos, de alma gastada y cuerpo maltratado,
no es de extrañar que evocasen los espectácu-
los esplendidos del Circo, las cónicas revueltas
canelasescas, las convulsiones heréticas, los jardines
y palacios con terrazas inmensas á orillas del
Bósforo.

El arte ha envuelto siempre en túnicas esplén-
didas las miserias de los vencidos. Dichosos los
pueblos que caen con grandeza. En el dolor de
la derrota está el germen que ha de hacerlos re-
vivir. Sólo la indiferencia, el abandono y la risa
imbécil anuncian el agotamiento de una raza.

El espectáculo de la decadencia española es de
los más desconcertantes que puedan darse. To-
davía principios de este siglo Goya y Moratín
hacían olvidar las vergüenzas de la guerra de la
Independencia. Una generación de hombres fuer-
tes se levantó á luchar por un ideal. Alguien se
ha reído en el extranjero del temple de alma de
Mendizábal, y sin embargo, Mendizábal era un
hombre.

En nuestros días se habla mucho del fracaso de
los viejos. Yo creo que se trata de algo más. La
pérdida irremplazable de Ganivet, me hace pen-
sar en la esterilidad española. Cuando vine á Ma-
drid confieso que no tenía ilusión alguna acerca
de la nueva generación. Pero la realidad ha en-
contrado todavía algo que matar en mis desen-
gaños.

Y es preciso que un día de estos acabe esa fa-
rsea de la juventud. Los jóvenes son lo peor que
tiene España. Algunas revistas han intentado sa-
carlos á flote y han muerto miserablemente bajo
una capa de inmundicia. Ni un círculo, ni un pe-
riódico, ni una agrupación política ó social digna
de respeto han podido formar.

No se sabe si son más necios que orgullosos.
Con una fatuidad que tiene mucho de pueril, ha-
blan de sus obras y de sus proyectos como de lo
mejor que haya producido el linaje humano. In-
capaces de comprender su estupidez, presentan
su juventud como garantía de su mérito. Su alma
encanijada trata á los viejos con grotesco des-
dén. Sin embargo, cuando uno de estos infelices
se encuentra frente á frente de un anciano res-
petable, siente una impresión cobarde de terror.
Huye si puede, á al encontrarse á salvo, se ven-
ga de su propia vergüenza insultando al que le
anonadó sin quererlo.

Lo que más me repugna es su canalleco es-
cepticismo. Se ríen del que todavía cree en algo,
porque ellos son impotentes para suscitar en su
alma una creencia. No tienen cariño á su tier-
ra, porque no son bastantes fuertes para salvar-
la. Rodeados de una sociedad que se hunde,
arrastrados á una degradación social que pudiera
evitarse, no tienen la virilidad suficiente para le-
vantarse y redimirse.

Asisten con una sonrisa imbecil á la muerte de
su raza. ¿Cuánto he esperado verles revolverse
airados contra la fatalidad, sumergirse vigorosa-
mente en la historia de su pueblo, buscar en la
infancia castellana recuerdos que levanten el co-
razón! No hace falta ser un patriota á la antigua
usanza para deplorar el embrutecimiento de un
pueblo. El hombre más amante del progreso, el
último más humanitario, el sabio más ajeno á la

cuestión de las nacionalidades, ve en la degrada-
ción de un pueblo algo que se debe evitar.

He dicho que eran impotentes para concebir,
y ahora añado que son cobardes para defender
una idea. Esta es la razón de su escepticismo.
Nada más cómodo que eso de no creer ni luchar
por nada. Si fuesen capaces de suscitar una
creencia, correrían inmensos peligros para ha-
cerla triunfar. La sagrada locura que impulsa el
alma al sacrificio, les llena de terror. Y si alguna
vez, en una noche de insomnio, alguna humilla-
ción evocada ó el recuerdo de ajenos dolores des-
pertó en su alma la idea rebelde, procuraron aho-
garla por temor á los sufrimientos que vendrían.

Para ellos no existen las luchas políticas, socia-
les ó religiosas. Hablados de estas cosas y se re-
irán con fingido desprecio. Muchos se apartarán
de vuestro lado si comprenden que vuestras
creencias pueden comprometerlos. Y los pocos
que por acaso, sea por rutina ó por convenien-
cia, militan en los partidos políticos fracasados,
viven en una ignorancia tal de los males públi-
cos, y tienen tan poca confianza en su voluntad,
que todo quieren conseguirlo por medio de revo-
luciones rápidas y milagrosas, hechas por un ge-
neral, sin que á ellos les cueste nada.

Se reúnen en camarillas desmedradas para ala-
barse mutuamente y despreciar con toda el al-
ma. Al oírles hablar parece que todo el mundo
se preocupa de ellos; recuerdan de memoria lo
que han escrito, referente á sus méritos literarios,
los de la familia; comentan las alusiones «espi-
rituales» que les hace de cuando en cuando Gómez
Carrillo; hablan de altos personajes, á quienes no
deja vivir en paz el recuerdo de un «palco» que le
dieron en un artículo «despampanante», y sacan
de quicio la lengua castellana para aplicar epíto-
mos inverosímiles á los accidentes más tontos de
su vida. Y, sin embargo, nadie les conoce, y el
público no les presta atención alguna.

Nada más rutinario que su vida. De la cama al
café, del café á dar una vuelta por la mañana;
se asoman por la noche á los centros de murmu-
ración, y de cuando en cuando dedican unos mo-
mentos á leer libros que «enseñen» algo, aunque
no digan nada. La Naturaleza les tiene sin cin-
cador: en todo caso la consultan para redondear
un período.

Los más «ilustres» tienen vicios de verdad; los
otros son impotentes para tenerlos, y los fingien.
Ninguno de ellos os perdonará que le tengáis por
un buen muchacho. ¿Para qué llenar el artículo
con listas de borrachos eminentes, de pederastas
afeminados, de cobardes masturbadores? El ta-
baco, el alcohol, los vicios contra natura han em-
brutecido á los más fuertes, que ni siquiera han
necesitado la morfina para caer á la modernidad.

Las desvergüenzas de Oscar Wilde, las borra-
cheras de Verlaine, el gusto por la depravación
de Beaudelaire son las únicas cosas que han
aprendido del decadentismo extranjero. Pero las
notas rebeldes y sentimientos del que tanto sufrió
en los hospitales de los pobres, la imponente ga-
llardía del verso beaudelaireano, la redención
humana por el dolor que se encuentra en la ba-
lada de la prisión de Reding, esto no lo han
aprendido.

La práctica vigorizante de la virtud les parece
cosa vulgar y hasta ridícula. La austeridad es
para ellos rutina de bárbaros é imbeciles. La vida
sana y fuerte les inspira una especie de terror, y
ocultan vergonzosamente alguna práctica virtu-
sa de la que por acaso no pudieran desprenderse
todavía. En todos sus escritos fingien hipócrita-
mente un sensualismo que no sienten. Aunque
hacen ostentación de vicios inmundos, en reali-
dad todos son menos malos de lo que aparentan.
Y es que para ser malo es preciso ser alguna cosa.

Toda obra larga de auto redención les fatiga y
decepciona. Tienen voluntad para moverse un
día, pero si no es inmediato el éxito, no pueden
persistir. Ninguno comprende que para emanci-
par á los demás es antes preciso emanciparse á sí
mismo. Preocupados por la «apariencia» de las
cosas, no ven la realidad. Comprenden á veces el
conflicto actual, pero no se les alcanza que tiene
hondas raíces. Viven al día, y por esto es imposi-
ble emprender con ellos ninguna obra larga y
provechosa.

Espantosa pensar á dónde nos llevará una ge-
neración tan imbecil. Cuando mueran los viejos,
¿qué va á ser del país? ¿qué va á ser de este pue-
blo? Mi edad me permite hablar contra los míos.
Nos levantamos en frente de una generación que
se ha equivocado. Pero pensamos que para equi-
vocarse es preciso hacer algo. Y los jóvenes de
hoy no parecen capaces de hacer nada.

Todos nos hemos reído de los sabios que pulu-
laban por nuestras Academias; todos hemos des-
notado á los políticos que han causado la ruina del
país. En críticas más ó menos justas y audaces
hemos combatido á los literatos y dramaturgos
que se van, á los artistas que nos dejan. Y, sin
embargo, hemos de confesar que muchos de es-
tos hombres han creído.

Ponerse en frente de una realidad cruel y lu-
char firmemente por mejorarla; tener ilusiones
y creencias con la voluntad para trabajar por su
triunfo; no retroceder en el camino aunque se
opongan al avance acerbos dolores. En todo esto,
no veo nada que no sea propio de la juventud,
nada que no pudiesen hacer todos los jóvenes.

De ahí mi desesperanza, en medio de estos com-
pañeros que me depaqué la vida.
Quisiera verlos entusiasmados en la pelea, ardien-
tes en el creer. Y cuando les veo en su atonía y
considero su depravación, siento deseos de fustig-
arles por amor, de contribuir á levantarlos con el
látigo.

Quisiera verlos alegres de una alegría sana.
Pero la paz que serena el espíritu sólo nos la da
la labor concluida. Sólo cuando hemos obrado
nuestro «querer» estamos alegres. Un regocijo in-
terior nos vivifica. Los jóvenes de hoy ríen siem-
pre, pero están muy tristes. La perversión y la
indolencia envolvieron sus almas en eterna tris-
teza. Su risa no es la expresión de un delirio
íntimo, sino la máscara que oculta la angustia del
vencido.

Malos y todo, sólo los viejos me dan algún con-
suelo. Es verdad que equivocaron el camino. Pe-
ro vamos á ver; ¿quién de vosotros, los que estáis
orgullosos de vuestra juventud, quién de vos-
otros expuso su vida por la idea? Vivis sin entu-
siasmo; la risa esceptica os ha roído el alma. Por
esto, cuando cansado de vivir, necesito cobrar
alientos para continuar adelante en mi camino,
busco el hogar caliente de algún viejo y le pido
que me hable de su juventud, de aquellos tiem-
pos en que los hombres se batían en las barrica-
das, iluminada el alma por la fe, blandiendo los
brazos con voluntad segura.

PEDRO COROMINAS

Cónclave republicano

Quando se reúne el cónclave para ele-
gir Papa, encierran á los cardenales, y
no los dejan salir hasta que han cum-
plido aquella misión.

¿No habría medio de encerrar en una
habitación á Pi, Salmerón y Esquerdo,

que todavía tienen partidarios entre los
republicanos, sin dejarlos salir hasta
que se hubiesen puesto completamente
de acuerdo en lo que hay que hacer para
salvar á España?

Que el partido republicano está dis-
puesto, harto lo dice la actividad que
desplega celebrando mítins en que reina
el mayor entusiasmo, creando cada día
nuevos periódicos, ansiando que se le
diga, como á Lázaro: «levántate y anda».

Hay que dar unidad á esas activida-
des, á esos entusiasmos, á esos nobles
deseos de sacrificarse.

¿Por qué no se encierran, pues, esos
tres hombres, ya que nosotros no pod-
amos encerrarlos, prometiendo no sepa-
rarse hasta acordar la mejor y más pron-
ta manera de responder á lo que el par-
tido republicano desea?

España en París

Tropiezo en las columnas de un periódico
con un suelto del tenor siguiente:

«Será indudablemente en la próxima Exposi-
ción del 1900 en París, por demás extraña y cu-
riosa la contemplación de habitantes de remotos
pueblos, razas exóticas y tipos bárbaros veni-
dos de todos los puntos del globo, con su indumentaria,
sus industrias, sus juegos, sus cantos, m-
sicas y bailes, y todo cuanto pueda expresar el
grado de civilización ó de barbarie en que vi-
van.»

Leí esto y grité: ¡Eureka!, parodiando al
difunto Arquímedes. ¡Pueblos remotos! ¡Razas
exóticas! ¡Tipos bárbaros! Ya estaba re-
suelto el conflicto. España podía figurar en
esta especialidad, no ya al lado, sino á la
cabeza de todas las regiones del orbe. En
artes y ciencias, en letras y en industria, en
comercio y agricultura nos ganarán los ex-
tranjeros, ¡pero en tipos! Con sólo dar una
vuelta por la coronada villa, basta para reco-
ger una colección capaz de causar el asom-
bro del Universo mundo; tipos indige-
nas, originales, característicos, tales como
no existe en parte alguna del planeta, y pro-
pios, según lo pretende el suelto de referen-
cia, para dar á las gentes una idea exactísi-
ma del grado de civilización ó sea de barba-
rie en que vivimos.

¡Dios de Dios, y qué estupefacción no pro-
duciría en el público europeo que ha de acud-
ir al gran certamen parisiense, el tipo del
estadista de por acá, audaz, verboso, indoc-
to, que habla de todo sin saber nada, que
apunta y no da, que promete y no cumple,
que sirve para un barrido como para un fre-
gado, hoy rigiendo los telégrafos y mañana
gobernando el Tribunal de la Rota, que apli-
ca á todas las dolencias públicas el emplaste
de las flores cordiales de su oratoria, que
combate la peste con apóstrofes y la langos-
ta con metáforas, que no tiene palabra mala
ni obra buena y se arroba en la contempla-
ción de su propia grandeza mientras la nave
del Estado va de tumbó en tumbó á punto
de zozobrar cada día entre las ondas del
acaso!

Pues ¡y el cacique! ¿En qué mente ex-
tranjera cabe la idea de ese Augusto con
zamarra, de ese César de alpagatas, de ese
Nerón de á perro chico, de ese Maquiavelo
de paño pardo que aquí todo lo hace, todo
lo llena y todo lo puede? No es de noble al-
curnia, sino de ruín y baja estofa. No es rico
de abolengo; sólo posee las riquezas que ha
ido apañando en su oficio caciquil. No es
sabio; apenas sabe deletrear un párrafo y
borronear una firma. No es santo; más bien
se le estima y se le teme por lo contrario.
Sin embargo, es omnipotente. Traslada al
juez, expulsa al médico, aterra al maestro
y hasta se impone al cura. Arriba le educa,
abajo le tiembla. Da ó quita destinos, im-
pone ó exime de tributos, hace ó deshace
honras, familias, fortunas. Poder singular
único en la historia, que se logra y adquiere
como corrotejo del torpe cambalache de
conciencias por mercedes.

Tampoco sería fuera de propósito pre-
sentar en el gran concurso algunos ejempla-
res bien caracterizados de la mujer autócto-
na, aún no adulterada por la civilización,
tal como la ha producido entre nosotros el
concerto de la naturaleza y de la historia;
apasionada, vehemente, impulsiva, capaz de
todas las violencias como de todos los he-
roísmos, buena madre, excelente esposa, re-
fractaria á todo progreso, enemiga de todo
cambio, ignorante, fanática, supersticiosa, in-
tolerante hasta la ferocidad á punto de que
su estado intelectual y moral constituya el
más grave de los obstáculos para la rege-
neración del país.

Y qué inmensa variedad en tipos de clé-
rigos! El clérigo gordiflón, apoplético, co-
loradote, alegre, campechano, gran compa-
ñero de mesa, buen ama para su ama y ex-
celente padre de familia. El clérigo torvo,
aperiguado, cejijunto, amarillento, bilito-
so, casto pero inhumano, continente pero
sanguinario, el clérigo cuyas forzadas vir-
tudes, agriadas en el fondo del alma, se true-
can en implacables pasiones. El jesuita se-
ductor, tolerante, acomodaticio, afable, mun-
dano, director de la conciencia femenina,
resurrección en nuestros días del abate me-
lífico y cortésano de la Francia del siglo
pasado. El predicador energúmeno que hace
de la cátedra del Espíritu Santo tribuna de
club para pedir desde ella indios y á los
hombres la muerte y el exterminio de los
liberales y herejes...

Y como estos tipos ¡cuántos otros! El
maestro de escuela, escuálido y hambriento,
á quien el celoso municipio adeuda cuatro
mil pesetas de su pingüe sueldo de setenta
céntimos al día; el mozo barbián que pasea
por la calle de Sevilla, corta la chaqueta,
ceñido el pantalón, calado el cordobés, apre-
tada la faja al cinto, mirando alternativa-
mente á los transeúntes con un aire que dice
«aquí hay un guapo»; el covachuelista abu-
rrido, gran consumidor de los pitillos de la
Tabacalera, que nunca desata gratis el bal-
duque de un expediente, y recibe al res-
petable público con cara de perro; el golfillo
que duerme en el suelo y vive del aire,
mientras aguarda á ocupar la plaza que le
reserva en presidio la solicitud de una so-
ciedad maternal; el abogado sin pleitos, que
anda por ahí cargado con su título, esgrimi-
endo el sable; el cuenco, que asedia al
ministro para alcanzar el acta, y luego se
marcha á baños; el cesante, que espera á
que suban los suyos para pagar á la patro-
na; el concejal de oficio, que se desvive por
labrar la ventura del común...

¡Son tantos, tantos los tipos indígenas,
autóctonos, originales, característicos, que
podemos presentar en la Exposición univer-
sal! Bien hará el gobierno en recoger de
ellos una rica colección. Y mejor aún si
acuerda en Consejo pasar él mismo á la ca-
pital de la vecina República, poniéndose á
la cabeza de todos. ¡Entonces sí que estará
completa la galería!

ALFREDO CALDERÓN

Me preguntan si sé algo acerca del
paradero del diputado y marino republi-
cano, señor Marengo, aquel que ofreció
llevar á la barra cuanto viniere á las
Cortes á los ministros del último gobier-
no liberal.

No sé absolutamente nada, ni siquie-
ra si va al Congreso.

De los demás diputados republicanos
oigo el nombre varias veces, pero nunca
unido á las altas empresas á que por su
significación están llamados.

Ni respeto ni tolerancia

Afirma el señor Menéndez Párrales que «la li-
bertad de conciencia exige el más escrupuloso
respeto de todas las creencias religiosas.»

No creemos nosotros tal cosa.

La libertad de conciencia, ello mismo lo dice,
es la facultad que cada uno tiene de profesar la
religión que mejor le parezca, ó de no profesar
ninguna si la razón las rechaza todas.

No siendo la libertad de conciencia una nueva
religión, ni un nuevo dogma, no puede constituir
una secta doctrinaria que exija de sus adeptos
determinadas obligaciones.

En este orden de ideas, donde haya deberes no
puede haber verdadera libertad.

Para ser librepensador, en el sentido elevado
y amplio de la palabra, no hay que hacer pro-
fesión de nueva fe; basta deslirse de toda creen-
cia que á la razón repugne por absurda, sin que
por esto el que consiga emanciparse de las pre-
ocupaciones religiosas quede obligado á nada con
respecto á la fe y á las creencias de los demás.

Tampoco podemos estar conformes con el señor
Párrales en lo de que «las luchas político-religio-
sas constituyen hoy una insensatez y un ana-
cronismo», dicho así en redondo y sin examinar
el estado de ilustración y cultura de los pueblos.

Precisamente las ideas políticas y las creencias
religiosas son las que siempre han tenido y tie-
nen á la humanidad en ardiente lucha. Actual-
mente en España, que es el pueblo que más nos
interesa, puede decirse que estamos en el período
álgido de esas luchas entabladas hoy con enar-
cizamiento entre los partidarios de la reacción
política y religiosa imperantes y los que aspiran
á libertar el pueblo de tan odiosa teocracia y á
conseguir el triunfo de la razón y la justicia sobre
el fanatismo y la arbitrariedad.

Y en esta, como en todas las luchas, tiene que
haber vencedores y vencidos, y éstos serán siem-
pre los más valerosos, los de más empuje, los que
con más tesón y constancia batallan en favor de
su causa.

Si los que somos democratas y librepensadores
queremos vencer, es indispensable que vayamos
á la lucha, y á ésta no se va ciertamente res-
petando al enemigo.

A los católicos y á los reaccionarios—oídos en
pílpitos, libros y periódicos—jamás se les ha ocu-
rrido decir que están obligados por ningún res-
peto social ni divino á usar tolerancia y conside-
ración con los que niegan su fe y no tienen sus
creencias; al contrario, se creen en el deber de
perseguirlos y exterminarlos por cuantos medios
les sugiere su fanatismo y su intransigencia, y
así lo han hecho siempre y lo harán mientras
puedan. En esto son lógicos y consecuentes con
sus ideas; están en su terreno.

Si nosotros los que tenemos por ideal político
la democracia y como base de redención moral la
libertad de conciencia, nos limitamos entretanto
en la tribuna, en el artículo y en el mítin—como
pretende el señor Menéndez Párrales, que no ve
con gusto los ataques á la fe y al culto—á res-
petar las ideas y las creencias de los contrarios, á
no combatirlos y censurarlos, no hay duda de que
haremos un papel lucido en defensa de nuestros
ideales. ¡Oponer á la ofensa, al insulto, á la agre-
sión brutal del enemigo el respeto escrupuloso,
la consideración y la tolerancia!... ¡Esto sí que
resulta ilógico é insensato!

Vinieran nuestros contrarios á discusión pací-
fica, á controversias luminosas en que hablaran
la lógica y la razón, y entonces sería otra cosa.
Pero en ese terreno están ya vencidos, deshechos
por completo, y sólo nos combaten con las armas
de la fuerza bruta, contra las que no hay otra de-
fensa que el uso de idénticos medios.

Por otra parte es una lástima que hombres de
talento, de tan clara inteligencia como el señor
Párrales, no hayan caído en la cuenta de que eso

del respeto y la tolerancia hacia las ideas absur-
das y las creencias ridículas, no es más que una
jerigonza inventada por algunos que se pasan de
listos, para hacer equilibrios y cubrir la falta de
convicciones ó de valor para declararse en un
campo ó en otro.

Y en esto, á las alturas á que hemos llega-
do, no caben esos términos medios, ni esas medias
tintas. Es preciso ser ó no ser. Dos extremos hay
aceptables y uno intermedio que no se puede
aceptar. Son éstos por vía de ejemplo:

Un hombre nace y se educa en el seno de una
familia católica ó protestante; se le inculcan esas
ideas y creencias religiosas; las observa de buena
fe mientras su razón y su inteligencia poco des-
arrolladas no las rechazan; pero llega un día en
que esas facultades se extienden, la razón juzga,
la inteligencia examina, y ambas de acuerdo le
dicen que esas ideas son absurdas, esas creencias
erróneas, y entonces, en la plenitud de su juicio,
las desecha y su conciencia queda emancipada.

Este es el hombre de conciencia libre; el grado
de tolerancia y de respeto que tenga con la fe y
con las creencias de los demás estará en relación
con la mayor ó menor suma de benevolencia y
ductilidad de su carácter, dependerá sólo de su
idiosincrasia, no de deberes que tenga que cum-
plir. Si su temperamento es enérgico y batalla-
dor, luchará y manifestará sus convicciones sin
creerse obligado, como realmente no lo está, á
respetar las ajenas.

Otro hombre en iguales circunstancias de edu-
cación, conserva siempre las ideas y creencias re-
ligiosas inculcadas en él; no las discute ni las
examina jamás; al contrario, se aferra á ellas
cada vez con más ahínco, las cumple hasta el ex-
tremo de hacer de su práctica un hábito, una cos-
tumbre ineluctable, una imperiosa necesidad de
su conciencia.

Este es el verdadero creyente, el fanático. ¡Vá-
yasele á pedir respeto y tolerancia para las ideas
y creencias que no sean las suyas, á éste que, pre-
cisamente cree que su mérito y virtud, en mate-
ria religiosa, escriba en la intransigencia!

Y otro hombre educado de idéntica manera,
cree al principio, duda luego y acaba por ser en
ideas religiosas indiferente, exéptico; pero...
y este pero es la fruta que con más abundancia
se cosecha hoy día—no le conviene hacer osten-
siblemente actos que le cologen en ninguno de
los dos extremos; es convencionalista al uso;
adopta un término medio hábil que le permita
inclinarse á un lado ó á otro según las circuns-
tancias; es y no es; quiere y no quiere...

Este es el tolerante, el respetuoso con todas las
ideas y creencias.

Y esto, francamente, no creemos que sea un
deber social, sino una conveniencia particular.

Para concluir haremos esta sola manifestación:
siendo la época actual en España de lucha, y de
lucha encarnizada y decisiva, en que monárqui-
cos y católicos combaten á los republicanos y li-
brepensadores sin tregua y usando de toda clase
de armas, si nosotros, en cambio, no oponemos
á los primeros más que programas pasados de
moda, y á los segundos un escrupuloso respeto
hacia sus ideas y creencias, no digamos que so-
mos hombres convencidos que luchamos por la
libertad y por el porvenir de redención moral y
material para este pueblo, sino unos cuantos com-
parsas de la tragedia monárquico-clerical que los
reaccionarios están representando.

JOSÉ CINTORA

Don Miguel Unamuno, sabio catedrá-
tico de la Universidad de Salamanca y
publicista distinguido, al encontrarse
que alguien mandaba artículos con su
firma á *El Pueblo*, de Valencia, artícu-
los que él no había escrito, ha acudido
á la prensa para que se haga público
el mito.

El Pueblo confiesa que ha sido enga-
ñado, y que la precipitación del señor
Unamuno en acudir á la prensa, le ha
impedido acaso descubrir al pillete que
á tales engaños se dedicaba.

Y ha sido lástima realmente que no
se averigüe el nombre del tal, para dar-
le la silba que merecía ó el puntapié que
por clasificación le hubiera correspon-
dido.

Porque indudablemente la intención
era mala. Casi tanto como los artículos.

ORIGEN MUSULMAN DE LOS JESUITAS

Cualquiera cosa pensaría el que se preguntara
cuál es el verdadero origen de la Compañía de
Jesús, menos que hay necesidad de recurrir al
mahometismo para hallarlo.

Si, á la religión de Mahoma; los jesuitas no
son más que unos musulmanes con setina; acaba
de descubrirse esta interesantísima particulari-
dad, digna de ser conocida.

La *Revue des Revues* publica en su último nú-
mero bajo el título de *El origen musulmán de los
jesuitas*, curiosísimo estudio de Victor Charbon-
nel.

Ya se sabía, dice, lo que al presente son los
Ignacianos; el mismo calificativo de *jesuita* es en
todas partes una injuria; pero se ignoraba cual
fuese el verdadero origen de esta secta perturba-
dora, y á pesar de Pascal, y de Paul Bert, la
cuestión consistía en saber de dónde había sacado
San Ignacio de Loyola el conjunto de máximas
que todavía rigen (hoy ampliadas por el fruto de
la experiencia) á toda esa taifa de miserables
que se llama Compañía de Jesús.

Charbonnel prueba que las tomó de las congre-
gaciones religiosas musulmanas, comparando am-
bas instituciones.

Primero, en sus métodos de iniciación.

Segundo, en su organización interior.

Tercero, en su concepto de la autoridad.

Cuarto, en su espíritu y en sus fines.

Hechas las comparaciones, el pobre y tosco Ig-
nacio de Loyola, canonizado por la Iglesia y pue-
sto por los suyos en el séptimo cielo, cae del ran-
go de precursor al papel de un vil plagio de...
¡los moros!

Los documentos escritos de que se ha valido
Charbonnel son muy anteriores al nacimiento de
San Ignacio, cuyo talento é inventiva no eran muy
grandes, como es sabido por los críticos más im-

LOS HORRORES DEL ABSOLUTISMO.

He citado tantas veces la Sociedad del *Angel Exterminador*, que me creo obligado a dar una breve idea de lo que representó y lo que hizo.

Cuando Fernando, compelido por las potencias, contuvo las hordas salvajes capitaneadas por frailes, y las feroces comisiones militares que sustituyeron al tribunal de la Inquisición, marcó una escisión tremenda en el partido realista, exacerbándose los partidarios del restablecimiento de la Inquisición, del asesinato de los liberales, del predominio del terror... Tomaron el nombre de apóstólicos porque se consideraban apóstoles de la fe católica y creían que en favor de ésta era preciso exterminar el liberalismo con la horda y el puñal, y formaron sociedades secretas para imponerse al rey, y si preciso fuera, Carlos, sustituyéndole por el infante don Carlos, más devoto y partidario decidido del restablecimiento de la Inquisición.

La primitiva sociedad secreta se llamó de los *Concepcionistas*, por haberse colocado para realizar sus crímenes bajo el amparo de la Purísima Concepción; mas al poco tiempo debió parecerles demasiado espiritualista el mote, y adoptaron francamente el de *Angel Exterminador*, que revelaba bien a las claras los planes y fines que se proponían realizar.

Según Riera, escritor carlista, Fernando y Calomarde toleraron la sociedad de los *Concepcionistas* y ayudaron la formación de otra nueva en 1825, que se tituló *Defensora de la fe*, la cual, merced al apoyo oficial, llegó a ser formidable; pero ninguna tan perversa como la del *Angel Exterminador*, en la que se refundieron todas ellas en 1827.

Al ser revelados el general Aymerich del cargo de ministro de la Guerra y cesar, en sus mandos otros generales absolutistas rabiosos, los de su bando pusieron el grito en el cielo, inventaron que habían sido asesinados varios voluntarios realistas en Madrid y publicaron multitud de folletos contra los liberales, lo que dio por resultado la sublevación de Bessieres, a quien cogió prisionero en Zafra (Cuenca) el conde de España, y lo fusiló sin tomarle declaración siquiera, por miedo de que comprometiese a determinados personajes, (entre los cuales se sospecha que estaba don Carlos, el hermano del rey), quemando sus papeles.

Bessieres murió asombrado de que se consintiese su fusilamiento por los mismos que le habían pagado para que se sublevase.

No desistieron los apóstólicos de sus planes, a pesar de este fracaso, y para dar unidad a sus trabajos de conspiración, refundieron sus diversas sociedades secretas en el *Angel Exterminador*.

El presidente honorario de esta sociedad era el Papa, efectivo el obispo de Osmá, y en provincias estaban al frente de sus juntas obispos, dignidades eclesiásticas o generales de órdenes religiosas.

También desempeñaba importante papel una heroína católica, Josefina Comerford, condesa de Sales, amancebada con el fraile de trabuco y puñal apodado el *Trapense*.

El nombre de guerra del secretario de la sociedad era el de *Fray Puñal*, a fin de que nadie pudiese dudar de que perseguían el asesinato y el derramamiento de sangre como principal fin.

Los miembros de la sociedad celebraban sus conciliábulos en conventos e iglesias, tramando sus crímenes en presencia de las imágenes y del Santísimo Sacramento.

El mencionado autor carlista, Riera, que no puede ser sospechoso, dice hablando de esa sociedad en carta a un amigo:

«Es infinito lo que yo podría decirte sobre este particular: hechos y propósitos podría comunicar-te que horrorizarían tanto y aun más que las escenas más perversas de los masones y conneros. Pero es preciso callar estos hechos por razones que no puedo comunicarte.»

Estas últimas palabras revelan que Riera tenía miedo, y eso que las escribía veinte años después de haber desaparecido la sociedad y cuando ocupaba el trono Isabel II. Cálculase por esto cuán terrible sería semejante sociedad católica.

El *Angel Exterminador* era protegido en palacio por don Carlos. De ahí que en la cámara del infante existiera un foco permanente de conspiración. Fernando lo sabía, pero confiado en el cariño de su hermano no se preocupaba de aquellas intrigas dirigidas por su cuñada doña Francisca.

En manos de gentes así el púlpito y el confesionario, instrumentos poderosos de propaganda, no hay para qué decir si alcanzaría pronto gran importancia la asociación creada para combatir la libertad sin reparar en los medios.

En el último reinado de ésta, del 20 al 23, trabajaron sin descanso pero aniquilada, pero sin dar la cara; sólo después de la declaración de la incapacidad del miserable Fernando VII, hecha por las Cortes en Sevilla, arrojó la careta por boca de sus seides los regentes de Madrid, que escribieron al chulo coronado: «Confiad en nuestro gobierno, que será constante en perseguir a cuantos con una rabia infernal han cubierto de luto nuestros corazones.» Y a raíz de esto, declararon traidores a los diputados que votaron la destitución del rey y los sentenciaron a muerte sin fórmula alguna de juicio.

Una vez en el poder aquellos tigres sedientos de sangre, iniciaron una serie de persecuciones terribles, que les parecían dulces aun, por cuanto censuraban a Fernando por débil y decían que estaba entregado a los masones.

Esto dio más tarde por resultado la conspiración carlista que ahogó en sangre el conde de España y de la que hablaré en el lugar correspondiente.

En 17 de Enero de 1824 fué nombrado ministro de Gracia y Justicia don Francisco Tadeo Calomarde, ministro el más digno de aquel rey, y que se había distinguido por su odio a los liberales a causa de no haberle éstos colocado por sus peísimos antecedentes en punto a moralidad.

Intransigente, bajo, ruin y adúlador, pronto alcanzó la confianza omnívota de Fernando, al par que, por el alto cargo que ejercía en el *Angel Exterminador*, influía mucho en el cuartel de don Carlos.

Entre las medidas que tomó desde el primer instante, figuran:

La de anular muchos pleitos y causas sentenciadas y ejecutoriadas durante el período constitucional, dando así pretexto para una inaudita serie de arbitrariedades judiciales.

La de revalorar los títulos de abogado, escribano y procurador recibidos durante el anterior gobierno, como se había hecho ya con los de los farmacéuticos y cirujanos.

La de reponer los mayorazgos y vinculaciones al ser y estado que tenían en 7 de Marzo de 1820, sin hacer obligatoria la devolución del precio pagado por los compradores.

La de prohibir la publicación de todo periódico que no fuese *La Gaceta* y *El Diario de Avisos*, y, por de contado, *El Restaurador*, órgano de la sociedad el *Angel Exterminador*.

A pesar de esto, los apóstólicos no estaban satisfechos; y tomando pretexto de que, al tratar de reorganizar el ejército se exigía por el ministro de la Guerra que los jefes y oficiales reuniesen cualidades distinguidas, lo que era excluir en absoluto a los de voluntarios realistas, armaron un gran escándalo y anunciaron para el 19 de Marzo una degollina en toda España, de cuantos pasaban por liberales.

Entusiasmados con la idea los realistas, hablaban misteriosamente de próximas venganzas, y los liberales y los indiferentes, inquietos y desasosegados con tales amenazas y observando en la ardorosa plebe deseos de secundar el movimiento para llegar al pillaje y al saqueo, huyeron unos de su pueblo natal, otros escondieron sus riquezas, y todos vivían temblando de que sonara la hora anunciada. Afortunadamente el día 19 pasó en calma, por haber hecho abortar el plan un detalle insignificante.

Se respiraba una atmósfera de sangre por todas partes, tendiéndose a gala por los realistas hacer aarde de los instantes más feroces.

La *Atalaya de Madrid*, de que eran redactores dos frailes y un cura, publicó como cosa de regocijo las listas de los desgraciados que fueron presos en Madrid al restablecerse el absolutismo. El *Recopilador*, diario sevillano, al dar cuenta de la prisión de Riego, dijo en el número del 19 de Septiembre:

«Ahora, que son las 8 1/2 de la mañana, se acaba de presentar en esta don Juan Pérez, maestro de posta de la Carolina, que pasa ganando horas 4 dar parte al excelentísimo señor Duque del Infantado, Presidente de la Regencia del Reino, y al serenísimo señor Duque de Angulema, de haber entrado en la misma preso al anocheecer de ayer el monstruo de la revolución, Riego...»

«El infame, inmoral y estúpido Riego acaba de caer en manos de la libertad: el llamado *Héroe de las Cubas*, el enemigo de su Rey, de su patria y de nuestra Religión sacrosanta; el monstruo que ha abortado una facción secreta destructora de la sociedad; el que en los accesos de su frenesí se titulaba *Emperador*; este hombre, oprobio del suelo español, se halla en nuestro poder, y preparándose la espada de la justicia para hacerle expiar sus crueldades y espantosos excesos. Serían bastante una y mil vidas que tuviera para borrar con ellas sus atroces crímenes.»

«La posteridad se negará a creer la nefanda historia de semejante fiera.»

En cambio, el ejército invasor del duque de Angulema merecía del *Recopilador* estos elogios en verso:

Viva el príncipe que a Francia,
por nuestro suelo español,
deja invicto para darnos
libre al Rey de su opresión.
Venid, Luis Antonio amado,
de la fiel nación Ibero,
al patrio suelo, que espera
a vuestra Alteza sin par;
para siempre idolatrado
en la ciudad más amante,
más leal y más constante,
el corazón a gozar.

¡Qué ferocidad y qué estilo!

(Continuad.)

Inmoralidades

El fiscal de la causa seguida en Pamplona por varias niñas, califica los hechos de abusos deshonestos cometidos por el padre Doroteo con varios niños.

Pide por cada uno de los referidos delitos, la pena de tres años, seis meses y veintidós días de prisión correccional, y once años y un día de inhabilitación para ejercer su cargo.

Se han lucido las gentes de faldas (beatas y curas) que iban de casa en casa recomiendo a las madres que enviaban antes sus hijos a las Escuelas Pías, que los siguieran enviando, puesto que cuanto se había dicho de los *Escapados* era una exageración; que eran trabajos de la masonería para desaojurar las órdenes religiosas; y hasta hubo quien dijo, que el *Porvenir* Navarro, que había tirado de la manta, estaba de acuerdo con los *Directores* de los *Colegios* laicos para quitar alumnos a aquellos y que vivieran a parir a éstos, añadiendo otra porción de calumnias perversas.

Los *Escapados* por su parte, y con el fin de llenar los huecos que dejaron los hijos de las familias celosas de su dignidad que los habían retirado, admitieron a muchos gratuitamente, y a otros rebajando la pensión; y así, sacando a paseo todos sus alumnos para que los viese el público, querían dar a entender que cuanto se ha dicho era mentira, pues que, de ser cierto, no tendrían ningún educando.

Es posible que, aun después de la calificación del Fiscal, resulte que el padre Doroteo es un benedito, incapaz de nifrar a un niño cara a cara (lo cual creé.)

Pero conste desde ahora que me atendré a lo que el fiscal ha dicho, pues para estos casos exclusivamente conservo un resto de fe.

Y aun sin apelar a la fe creé en lo dicho por el fiscal. Ni él, ni ninguno de su clase, se atrevería en estos tiempos de omnipotencia clerical a hacer esa calificación, si no estuviesen los hechos plenamente probados en el proceso. Se jugarían la carrera y algo más.

Quedamos, pues, en que el padre Doroteo es... (aquí sí que me atasco) es... Todo un caballero.

Como otros muchos frailes, de los cuales libre a nuestros hijos el Dios que salvó a los ángeles que bajaron en comisión del servicio a Sodoma y Gomorra.

El 27 de este mes se verá en la Audiencia de Cádiz la causa instruida por la querrela que presentó el diestro Mazzantini el año 91, cuando las escandalosas elecciones del Puerto, en que don Javier Beranger arrebató el acta a don Isaac Peral.

Si tarda un poquito más en verse la causa, no vive ninguno de los que eli-

gieron a Peral. Ni acaso España como nación.

¡Ocho años para terminar una causa que podía y debía haberse sustanciado en tres meses! Esto tiene más importancia para el porvenir, que la rebaja de unos millones en la contribución. Y en esto casi nadie se fija.

Así estamos.

La Iglesia se nos come

Sin el bautismo, no hay Iglesia posible; sin el matrimonio, no puede existir la sociedad cristiana; sin el orden sacro, no habría sacerdocio; la tierra bendita es por derecho propio para todos los bautizados, y las oraciones para bien de sus almas, prescritas están por la misma Iglesia, igualmente respecto de todo cristiano.

Pues no darán el bautismo a vuestro hijo sino a precio de arancel, ni os casarán más que mediante una elevada tarifa, ni se ordenará quien tenga vocación y haya gastado mucho en larga carrera eclesiástica, más que dando dinero al obispo ordenante.

«La tierra bendita? Si hoy la obtiene gratis, pero en pésimas condiciones y después de muchos requisitos, algún cadáver de pobre, débese al Estado, al Municipio; la Iglesia no la concede cuando era absoluta dueña del cementerio, ni aún a los mismos sacerdotes indigentes. Allí en un rincón de sus camposantos, verdaderas minas de oro, tenía una fosa común, el horrible *hoyo grande*, lugar ignominioso a donde lanzaba los cadáveres de los pobres, hacinados en horrenda mezcla de hombres con mujeres, puestos los niños entre las piernas de los adultos para aprovechar el espacio, y todos desahucados o envueltos en harapos, sin consentir siquiera a la caridad particular que les costase una caja; eso no, cadáver en fétido no podía ocupar sepultura gratuita. Hemos visto negarla en esas condiciones a los restos de un sacerdote en el Cementerio del Sur.

Y sabéis cómo llama la Iglesia en Madrid a esa ignominia sacrilega, inhumana y asquerosa del hoyo grande? Le llama *sepultura de misericordia*, para significar que ni aún a esa miserable atrocidad se creía obligada ni concedía a su vez derecho a los huesos del bautizado muerto cristianamente, del que, según ocurría mil veces, y conocemos muchos ejemplos, había muerto miserable por haber dado cuanto poseyera a la Iglesia o haber comprometido su fortuna y carrera en conspiraciones a favor del clero.

Y esto lo hacía la Iglesia en los tiempos más prósperos, cuando era riquísima con los diezmos, primicias y juros, sobre los que, en su avaricia insaciable, aún exigía precio por los sacramentos y el sepelio, como si aún no estuviera pagada con la mitad de toda la riqueza nacional. Hoy pagamos 43 millones de culto, y nos bautizan, nos casan y nos entierran a peso de oro.

Esta es la Iglesia, cuyas ideas y costumbres han formado por largos siglos las de los poderes civiles.

Cuarenta años llevaba en el Hospicio de Málaga un celador, y sólo porque la Diputación provincial le adeudaba un piquillo de seis mil pesetas, y porque además no comía, determinó suicidarse, y con efecto, lo hizo.

¿Qué guasones son los andaluces! De seguro que ese se ha suicidado para dejar en pésimo lugar a los pobres diputados provinciales, que cobran puntualmente sus dietas.

A la puerta del templo

En tanto que las campanas al vecindario atormentan anunciando a los devotos que ha empezado la novena; mientras el órgano aturde los ámbitos de la iglesia y casi toda la calle se ve de coches repleta, los impacientes aurigas, mientras sus señores rezan, en uno y otro corrillo murmuran y cuchichean. Es tradicional costumbre de la gente de librea usar el nombre del amo a quien sus servicios presta, y esto da lugar a muchas conversaciones amenas.

—Oye, nuncio. ¿Qué te ocurre?

—¿Convidas a una botella?

—Que nos la pague el obispo, que ayer cobró plata fresca.

Yo no tengo ni una blanca; hace ya semana y media que el *patriarca de Indias* me debe cuatro pesetas, y como no me las pague, malhaya sea mi tierra si en cuanto le eche la vista no le reviento las muelas.

También los automedontes de la clase más plebeya (simones, que dice el vulgo), en los diálogos alternan.

—Yo—dice el *cuarenta y tantos*—

ando de mala manera, escaso de perros chicos como... monjas en cuaremas.

Anteayer me alquiló un cura, lo descargué en las Salesas, y allí me tuvo esperando dos ó tres horas muy cerca.

¡Lo que después anduvimos

por calles y callejuelas! No quedó un solo convento a que no se dirigiera; visitó a las Teresianas, Góngoras y Carboneras; y después de todo un día que me tuvo de faena, me dió de propina. ¿Cuánto?

—El muy... arrastrao, dos perras.

Siempre tengo mala sombra con la gente de mala vida. Cuando se acerca uno de esos ya me tiritan las piernas.

—La función se está acabando.

—Oye, *duque de Maceda*; echa un ojo a mi berlina que me voy a la otra puerta, no sea que se me escape por allí la bruja esa...

que estas gentes rezadoras le dan un timo a cualquiera.

JOAQUÍN G. LOSADA

¿Que cómo alimentan las Hermanitas de los Pobres de Pamplona a los infelices ancianos que les sirven de pretexto para vivir en un gran Hotel Iglesia y pedir limosna en carruajes? Pues de esta manera:

«Por las mañanas, sopa de ajo ó patatas sin pizca de grasa; al mediodía, patatas, berza y sangre, todo revuelto; y a la noche, patatas ó sopa como por la mañana. Hacien bien. Por algo siguen la doctrina de Cristo, aquel que debió decir, en vez de lo que dijo:

«El pobre ha venido al mundo a servir de cimbel para que las gentes de Iglesia y beatos adyacentes pesquen cuartos a los imbéciles.»

NOCHE DE DUELO

Había muerto sin agonía, tranquilamente, como mujer cuya vida ha sido irreproachable, y yacía en su lecho mortuario con los ojos cerrados y los blancos cabellos alisados, cual si se hubiera peinado diez minutos antes de morir.

De rodillas junto al lecho, su hijo, un magistrado inflexible, y su hija Margarita, en religión sor Eulalia, lloraban sin darse punto de reposo. Apenas habían conocido a su padre, del cual sólo sabían, aunque sin pormenores, que había dado a su madre muy mala vida.

La religiosa besaba una mano de la muerta, mano de marfil semejante a la de un Cristo yacente.

Llamaron de pronto a la puerta, abrieron, y entró el sacerdote, que momentos antes había ido a comer a su domicilio.

Estaba fatigado por la digestión y sumamente encarnado a causa de haber vertido mucho cognac en el café para luchar contra las fatigas de las últimas noches y la de la vela, que empezaba.

Hizo la señal de la cruz, y acercándose, exclamó: —Vengo a acompañaros, hijos míos, en estos momentos tan tristes.

—Gracias, padre,—contestó sor Eulalia.—Mi hermano y yo deseamos estar solos al lado de nuestra madre, como en otro tiempo, cuando éramos niños...

La religiosa no pudo continuar, ahogada por las lágrimas.

El sacerdote se inclinó, pensando en su cama, y dijo:

—Como gustéis, hijos míos.

Arrodillóse ante el cadáver, se persignó, oró un instante, se levantó y salió murmurando:

—¡Era una santa!

Quedáronse solos la muerta y sus hijos. No se oía el más leve rumor en el campo, y la claridad de la luna penetraba por una de las ventanas del aposento.

Reinaba allí paz infinita, divina melancolía, silenciosa serenidad que rodeaba a la muerta y parecían aplacar los murmullos de la Naturaleza.

Entonces el magistrado, siempre de rodillas y con voz desgarradora, exclamó:

—¡Madre, madre mía!

Y su hermana, besando las ropas del lecho, repetía anegada también en llanto:

—¡Madre, madre mía!

Los dos hermanos se sentían envueltos en un huracán de dolor.

La crisis, sin embargo, se fué calmando, y acabaron por llorar con algún comeditamiento.

Al cabo de un buen rato se levantaron, se pusieron a contemplar el cadáver, y los recuerdos, aquellos recuerdos lejanos, ayer tan gratos y tan acerbos hoy, se apoderaron de su espíritu, con todos los detalles íntimos y familiares que hacen revivir al ser que desapareció para siempre.

La religiosa dijo a su hermano:

—Ya sabes que mamá solía leer las cartas de su juventud, guardadas en ese cajón. ¿No te parece que deberíamos leerlas esta noche junto a ella? Conozcamos hoy a sus padres y a sus abuelos, cuyas cartas, de que tanto nos hablaba, están ahí. Evuquemos todas estas memorias y recorramos este calvario como último tributo a la memoria de nuestra madre.

Y los dos hermanos sacaron del cajón una docena de paquetes amarillentos, atados con una hebra de seda colocados unos junto a otros. Pasieron sobre el lecho estas reliquias, y eligiendo el paquete sobre el que se veía escrita la palabra «Padre», leyeron.

La primera carta decía: «Querida mía: otra: «Hija de mi vida» y después otra: «Mi adorada hija».

La religiosa se puso a leer a la muerta toda su historia y todos sus recuerdos, el magistrado escuchaba con los ojos fijos en su madre, y el cadáver parecía gozar de la más suprema ventura.

Sor Eulalia cogió otro paquete sobre el cual no se veía palabra alguna reveladora. Y comenzó a leer en alta voz:

«Adorada mía: Estoy loco de amor por tí, y desde ayer sufro como un condenado con tu recuerdo embriagador. Aun siento tus labios sobre mis labios y tus ojos fijos en mis pupilas. Te amo con delirio, y mis brazos se abren para estrecharte de nuevo entre ellos. Mi amor te llama y te desea, y conservo en mi boca el gusto de tus ardientes besos...»

La religiosa interrumpió la lectura, y el magistrado le arrebató la carta de las manos. Buscó la firma; al final leyó estas palabras:

«Quiénes más te adora en el mundo.—Enrique.»

Su padre se llamaba Renato.

El hijo examinó otros paquetes, y leyó en una de las cartas:

«No puedo vivir sin tí; no puedo prescindir de tus caricias...»

Y de pie, severo como en su tribunal, contempló impasible a la muerta.

La religiosa, cuyo llanto había cesado, miraba a su hermano y esperaba silenciosa, con la rigidez de una estatua.

El magistrado volvió a colocar los paquetes en el cajón y cerró los corinajes del lecho mortuario. Y cuando al poco tiempo la luz del día comenzó a eclipsar la de los cirios, el hijo, sin volver a mirar el cadáver de su madre, dijo a la religiosa:

—Retírennos, hermana mía, retírennos; estamos de más aquí.

GUY DE MAUPASSANT

MANOJO DE FLORES MÍSTICAS

Bernardino Prieto, cura del lazareto de Pedrosa (Santander) tenía una sirvienta.

Riñó con ella una hermanita del cura, que es de oro, y el *pater* propinó unas bofetadas a la infeliz criada, encerrándola en un cuarto oscuro.

A costa de grandes esfuerzos pudo ella escapar y presentose ensangrentada en el Astillero, pidiendo justicia, sin poderla conseguir.

Al día siguiente fué con su hermana a cobrar los salarios devengados, y el cura la trató de suelta, ladrona y otras lindezas por el estilo.

Si condenara la conducta de ese cura, podría parecer que la extrañaba, por tener de la clase alta. Así, me limito a decir:

Ha obrado como quien es.

Una señorita de Orihuela, de 20 años, y guapa, ha desaparecido de casa de sus padres.

Que registren los conventos de la provincia y de hijo la encontrarán, con, ó sin desperfectos.

Dice *El Obrero* de Badajoz, que las Hermanitas de los pobres de aquella ciudad tienen una huerta en la que trabajan sus hermanitas recogidas que se mantienen de rancho, que van también los ancianos por leña que no se quema, y que las limosnas que reciben no se sabe donde van.

¿Pues vaya unas noticias, ocurriendo lo mismo en todos los asilos donde las Hermanitas mangonean!

Gracia en que han dado ahora los curas: entrar en el cementerio católico a todos los que mueren, aunque se hubieran negado a recibir los auxilios de la religión. Recientemente ha ocurrido esto con un ciudadano en Oviedo, siendo el propio obispo, Fray Ramón, quien dispuso su enterramiento.

Para mí, la misma importancia tiene una cosa que otra. Mas lo hago notar, para que se vea hasta qué punto son tolerantes los hijos de mi corazón cuando se trata de algo que puede mermar los ingresos.

No les conviene que las gentes se acostumbren a ver que lo mismo se pudren los cadáveres en el cementerio civil que en el católico, no sea que la costumbre traiga la indiferencia, y con ella el ahorro consiguiente a las familias de los difuntos.

Verdad es que esto echa por tierra lo de últimos auxilios espirituales, tierra sagrada, condenación eterna etc. etc. ¿Pero qué se les da de esto a los curas, si salvan lo principal, los monjes?

Quisiera ser creyente, para proporcionarme la satisfacción de dejar de serlo al ver estas cosas.

Leo con asombro en un periódico de Bilbao:

«En virtud de acuerdo adoptado por la Junta de Sanidad, hoy ha sido desinfectada la iglesia de San Vicente.»

Y digo con asombro, porque habiendo en cada templo un abogado contra la peste, por lo menos, no se concibe que vaya la ciencia profana a invadir sus atribuciones.

Aunque también es verdad que donde entra mucha gente de casco y pezuña, toda precaución es poca.

Se repartió por las calles de Málaga una hoja clandestina, difamatoria contra una señora. Los repartidores pertenecían al asilo de los salesianos. ¿Y a dónde mejor?

¡ANIMO, VALIENTES!

Se agita de nuevo, y esta vez a toda prisa, el asunto de las Vallecas, es decir, la entrega de un considerable número de millones a las monjitas de ese nombre, pisoteando la justicia y conculcando escandalosamente las leyes.

Y el más interesado en el asunto es Maura, del que dice un colega que es esclavo, él y toda su familia, del P. Garzón, con quien confiesa, con quien comulga todos los primeros viernes de mes en la iglesia jesuitica de la calle de la Flor, abogado que, además de gustarle el dinero más que las doncellitas a los frailes, fué siempre agente y amigo de la Compañía.

Diputados republicanos ¿no habría entre vosotros uno que procurase hacer abortar semejante proyecto?

Servid para eso siquiera, ya que para tan poco habéis servido desde que la legislatura se reanuda.

Por vuestro bien os lo digo; pues siguiendo como vais, trabajillo os va a costar el convencer nuevamente a los electores de que deben votaros para otras Cortes.

Animo, y haced un pinito.

Apostolado de la Verdad

FOLLETOS DE PROPAGANDA

A 15 céntimos uno, 10 para los suscriptores a *El Morín*

CRISTO EN EL VATICANO, por Victor Hugo. LOS REYES CON MOTIVOS, por «El Motín». Con láminas. LA INFAL

Biblioteca de "El Motin,"

El dolor universal

por

Sebastián Faure

equilibrio sobre la superficie resbaladiza y móvil de los fenómenos sociales superiores, por lo que imaginan dirigir los destinos de sus semejantes, que, a su vez, se figuran de buena fe que reciben su impulso.

Lo que en parte puede consolarlos de la medianía intelectual de nuestras asambleas, es el pensar que, aunque estuviesen integradamente comprometidos de lo que el saber, la experiencia, el talento, el genio mismo pueden producir de mejor, no sería menor la incompetencia parlamentaria.

Y he aquí por qué el legislador es omnipotente; preciso es, pues, que sea omnisciente: no debe desconocer ninguna cuestión. Distinguiendo pronunciar, una a una, sobre todas las que son base de las discusiones parlamentarias, forzoso es, si no quiere votar a ciegas, si tiene empeño en obrar con pleno conocimiento del asunto, que sea marino, guerrero, hacendista, diplomático, economista, ingeniero, matemático, higienista, jurisconsulto, etc., etc. Pero como ningún cerebro humano es enciclopedia, sucederá que de diez veces, las nueve el legislador se decidirá sin saber por qué y se engañará por lo tanto.

En un folletito muy bien hecho, dice Kropotkin: «¿No es absurdo tomar del seno de la población un número determinado de hombres y confiarles el cuidado de todos los negocios públicos, diciéndoles: Ocupaos en esto; descargamos sobre vosotros la faena; y vosotros toca hacer la ley sobre todos los asuntos?»

Hasta suponiendo que el Parlamento lo compusieran las eminencias intelectuales y las cuestiones se clasificaran de modo que cada uno pudiera llegar a estudiarlas y a resolverlas competentemente, no le iría mejor al gobierno representativo.

gidos gran parte de su vida, escribe textualmente respecto a los diputados: «Todos esos abonados de la taberna arrastran coche, mandan construir hoteles y son ministros. Los empleos que les producen, son los que no toman para sí. Este no hace gestiones, sino por dinero contante; aquel, cuando ha colocado a su favorito, tiene una parte del sueldo del destino.»

En fin, más recientemente aún, en Julio de 1893, *El Journal* publicó con la firma del poeta académico Francisco Coppee un valiente artículo del que extraigo esta perla: «No digo que no haya en la cámara algunos hombres francos y desinteresados. Para contarlos por los dedos no tendrías siquiera necesidad de abrir las dos manos.» (1)

Coppee tiene razón; no hay en la Cámara diez hombres con franqueza y desinterés: unos quieren dinero, otros el poder, casi todos lo uno y lo otro—y todos entran en combinaciones más o menos oscuras y siguen un camino más o menos tortuoso para alcanzar lo que desean. Algunos saben darse un aire que engaña y logran mucho tiempo pasar por modelos de rectitud y lealtad, hasta que el mejor día se sabe que los más puros, o que pasan por tales, no están limpios de mancha.

Se necesita el canonzo de un Panamá, para provocar de cuando en cuando un escándalo gordo y levantar la opinión pública; más la opinión pública se indignaría si se la pusiera al corriente de las infamias de menos importancia que salpican a toda hora a personajes de segunda fila.

No se da un destino, no se adjudica nada, no se hace una contrata, no se forma un grupo, no se constituye un ministerio, no se funda un periódico político, no se decide una campaña, no se verifica una votación sin que por bajo intervenga algún complot infame, sin que alguna conciencia parlamentaria capite.

Esa «opbrebumbria de asambleas»—la palabra es casi clásica—no es peculiar de un país; el mal roe a todas las naciones; no es especial de una forma de gobierno; a ninguna per-

tativo, porque el cuarto carácter distintivo de los Parlamentos, es la impotencia.

Confieso que esto no me disgusta, pues sabiendo que las asambleas tienen el único papel de legislar, y convencido de que ley alguna puede ser justa y favorable para la felicidad universal, debo sacar en consecuencia que de los Parlamentos no puede venir nada de bueno y que, por consiguiente, es preferible que no puedan hacer nada. Por esta razón, confieso que me gustan más los diputados de veraneo que en la Cámara. Sé, por lo menos, que en el primer caso no añadirán nada a la obra nefasta de la legislación.

Pero no se trata de mis conveniencias particulares; poco importa que yo me regocije o me entristezca. Lo que hay que estudiar es esto. Oid esta historia digna de un fabulista:

Juguetando un día en un bosque cercano a su aldea, dos niños, vieron uno de esos animalitos de pelo rojo perteneciente a la familia de los roedores, que se llama una ardilla. Recorría un árbol colosal con una agilidad, una gracia y una seguridad maravillosas. Admirados, al principio, nuestros jóvenes espectadores, pensaron en la alegría que les causaría la captura de un zóroba tan seductor, y buscaron el medio de atraparle. Consiguieronlo, al fin, no sin muchas dificultades y no sin que los dientes del pequeño cuadrúpedo dejaran de introducirse muchas veces en sus rosadas carnes. Mas es el caso que, prisionero ya, dejó el animal de entregarse a los brinco que tanto habían asombrado a sus carceleros; no más volteretas, no más saltos peligrosos. Sin embargo, estaba sano y salvo; ningún miembro tenía lesionado; hasta estaba poseído todavía de esa necesidad de moverse que caracteriza a sus iguales; pero ¡ay! le faltaban su bosque y su árbol, y con todo su ardor sólo lograba patear en un sitio, imprimiendo a su jaula circular un movimiento de rotación.

Furiosos y descorazonados, los niños creyeron que el cuadrúpedo se burlaba de ellos; regresaron al bosque, devolvieron la libertad al prisionero, que la aprovechó, sin más tardar, para ejecutar una serie de esfuerzos de agilidad asombrosos.

«¿No había duda, verdad? El animal se había burlado de ellos. Con otro serían más dichosos. La misma historia se repetiría diez, veinte veces, hasta que los niños comprendieron que la ardilla cautiva no podía satisfacer las esperanzas que habían inspirado; que su ligereza y agilidad no podían ejercitarse más que en el medio conveniente: el bosque.

Pues bien; he aquí en tres palabras la moral de la fábula: los niños son los electores; la ardilla es el candidato; el bosque es el medio popular; la jaula es el palacio del Parlamento. Volteando por el bosque de los abusos, el candidato, bajo la mirada atónita de los crédulos y los ignorantes, salta de

dona. Así puede notarse el gran papel que, por lo menos, en programas y profesiones de fe, ha hecho la honradez en las últimas elecciones legislativas.

Antiguamente no se hablaba de ella; después no preocupaba a nadie; hoy parece que sea la primera, la única cualidad que hay que exigir al candidato.

El hecho es característico y merece una mención particular. Estos cinco factores: absolutismo, irresponsabilidad, incompetencia, esterilidad, corrupción, constituyendo el medio parlamentario, ninguno de los que viven en él se sustrae a su influencia. En lo que toca a cada elegido, tan pronto es uno como otro de esos cinco factores el que lo arrastra. Este es más autoritario, aquél más incompetente y más corrompido el otro; pero la suma da el mismo resultado: un ser ambicioso, dominante, presumido, mediocre, venal.

Así me explico que uno se pregunte, con el brillante publicista Octavio Mirbeau, cómo hay todavía gente que vote y tome en serio la soberanía del pueblo.

«Una cosa me asombra prodigiosamente, escribe Mirbeau en *El Fíguro* de 28 de Noviembre de 1888, que en el momento científico en que escribo, después de las experiencias innumerables, después de los escándalos diarios, pueda existir en nuestra querida Francia (como ellos dicen en la comisión de presupuestos) un solo elector, ese animal irracional, inorgánico, alucinado, que consistía en abandonar sus quehaceres, sus sueños ó goces, para votar a cualquiera ó cualquiera cosa. Cuando se reflexiona un solo instante sobre este fenómeno sorprendente que hay para trastornar a los filósofos más sutiles y confundir la razón? ¿Dónde están el Balzac que nos da la fisiología del elector moderno, y el Charcot que nos explique la anatomía y las condiciones mentales de ese demente incurable? Los aguardamos.

«Comprendo que un petardista encuentre siempre accionistas, la censura defensores, la ópera cómica dilettantes, *El Constitucional* suscriptores, M. Carnot pintores que celebren su entrada triunfal en una ciudad del Languedoc; comprendo a M. Chantavoine obstinándose en buscar consonancias; lo comprendo todo. Pero que un diputado, un senador, el presidente de la República, o quien quiera que sea entre los farfantes que reclaman una función electiva cualquiera, encuentre un elector, el ser no soñado, el mártir inconcebible que se alimente con su pan, se enriquezca con su dinero, sin más perspectiva que la de recibir, a cambio de sus prodigalidades, pescozones en la nuca ó puntapiés en el trasero, cuando no un tiro en el pecho, en verdad que eso sobrepasa las nociones

que encierra ó verdugo que ejecuta. El conjunto entero no forma más que uno.

Admitir la ley sin admitir gendarmería, policía y administración de justicia, sería sencillamente una locura. El legislador llama imperativamente la represión, pues la ley tiene un carácter de obligación social que no podría existir sin una sanción correspondiente; y, como dice Voltaire, «un poder que no está fundado sobre la fuerza, no es nada por sí mismo». Por eso nunca se representa a la ley sin la espada simbólica pronta a herir a cualquiera que contra ella se levante.

La insurrección contra la ley puede revestir dos formas: la forma individual y la forma colectiva. La primera es constante, la segunda accidental.

Impulsado por la codicia, la envidia ó la venganza, un hombre mata ó otro. Bajo el acceso de cólera violenta causada por un abuso de poder, una negativa de justicia ó el hambre, parte de la población se subleva: el hecho es colectivo.

La policía y la gendarmería bastan generalmente para borrar y detener al individuo; pero cuando la insurrección reviste cierto carácter, ahí está el ejército para sostener a gendarmes ó polizontes, que solos serían arrollados.

Este ensayo de filosofía libertaria no consiente un examen detenido del organismo judicial. Sabido es con qué brutalidad obra la policía cuando agarra por el cuello a un miserable ó a un trabajador; cómo ignora las atenciones, las deferencias que tiene con el comerciante sospechoso, el petardista de alta sociedad ó el político venal. La magistratura sigue el ejemplo, y se muestra tan indulgente y cortés con los personajes importantes ó ricos que a veces le encomiendan, como grosera é implacable con los pobres diablos, que llevan en banditas a la barra. Hombres son, no obstante, los magistrados, los polizontes y los gendarmes; pero el oficio hace al individuo, y es natural que se inspiren en las tendencias de la ley los que están encargados de hacerla respetar.

El magistrado que le ser un excelente padre de familia, un amigo seguro y delicado y hasta en la vida privada no hombre dulce y benévolo; en el momento que se sienta en el sillón y entra en funciones, está desconocido por completo. En su despacho el juez de instrucción tiende lazos al infortunado a quien interroga y al que, por cansancio, temor ó promesa, arranca la confesión de una falta que el infeliz no ha cometido, ó se niega a dar fe a sus negativas indignadas, y el instructor está a punto de lanzar un grito de triunfo cuando cree haber alcanzado presunciones de culpabilidad. Hombre, se regocijaría haciendo constar la inocencia; magistrado, se siente feliz por

una a otra reforma, pasa de un mal a un bien con una gracia, una ligereza y agilidad increíbles.

«¡Oh si pudiéramos, dice el pueblo, hacer de él nuestro diputado!»

Y lo logra; más he aquí que el diputado no se encuentra a sus anchas en la morada nueva; tropieza con dificultades imprevistas, con impedimentos de toda especie. Pierden poco a poco sus miembros su antigua elasticidad, sus músculos el vigor. Allí está él también condenado al abatimiento, pateando sobre su puesto.

El niño pueblo se enfada: «¿Se burla de nosotros?» Cansado de aquel candidato ardilla vuelve a la selva—vuelve siempre cada cuatro años—y hace nueva elección.

Desde hará pronto medio siglo, se renueva sin cesar esta comedia lamentable; el dos, el diez, el veintidós diputado, han defraudado las esperanzas del pueblo lo mismo que el primero. Y no puede ser de otro modo.

Este niño grande, el sufragio universal, comienza a pensar si es víctima de una gran mistificación. ¿Cuándo llegará a comprender que la falta está en el medio parlamentario, verdadera jaula que rompe brazos y piernas a los que vuelan mejor, a las más varoniles energías? ¿Cuándo comprenderá claramente que Asamblea legislativa es sinónimo de impotencia, de esterilidad?

Para adquirir de una vez para siempre esa convicción, basta seguir, como espectador desinteresado, eso que enfáticamente se llama «los trabajos parlamentarios»; convencerse de la insignificancia de las discusiones desde la tribuna, enfrente a las opiniones expuestas de antemano en el seno de los grupos, tomando partido por ó en contra el ministerio; basta estar un poco al tanto de lo que la misma gente del oficio llama bizantinismo de las asambleas ó chimerías legislativas; es suficiente, en fin, saber que los políticos hallan siempre razones excelentes para no hacer nada; los de la minoría lamentándose de la obstrucción sistemática de la mayoría, y los de la mayoría echando sobre la minoría todas las faltas.

Sin irola afirmo que esas razones son excelentes porque son profundamente justas, lo que vuelve a decir que el sistema mismo no vale nada; pues que en todo parlamento hay forzosamente una minoría y dos partidos en lucha, el del gobierno y el de la oposición, la impotencia que resulta es inherente al funcionamiento del régimen parlamentario.

En fin, a todos esos vicios inseparables de la representación nacional, viene a juntarse la corrupción, especie de coronamiento del edificio.

ya bastante pesimistas que me había formado hasta ahora de la necesidad humana en general, y de la francesa en particular; nuestra querida é inmortal necesidad, ¡oh, *chavini*!

«Entiéndase bien que aquí hablo del elector prevenido, teórico, del que se imagina, ¡pobre diablo!, realizar un acto de ciudadanía libre, establecer su soberanía, expresar sus opiniones, imponer—¡oh locura admirable y tabardada!—los programas políticos, las reivindicaciones sociales; y en modo alguno del elector que la cosa es y que se burla de ella, del que no ve en los resultados de «su omnipotencia» más que una fraseología con salchicha monárquica ó con vino republicano. La soberanía de éste consiste en emborracharse a costa del sufragio universal, y está en lo cierto, porque es lo único que le importa y no se cuida de más. Sabe lo que hace; ¿pero y los otros?»

«¡Ah! Si, los otros, los austeros, el pueblo soberano, los que sienten que la embriaguez les asalta cuando se contemplan y se dicen: «¡Soy elector! Nada se hace sin mí. Soy la base de la sociedad moderna. Por mi voluntad hace Floquet las leyes a que están sujetos treinta y seis millones de hombres, y Baudry d'Asson lo mismo, y Pierre Alpe igualmente.» ¿Cómo hay todavía gente así? ¿Cómo por tercios, por vanidosos, por parádicos que sean, no están haciendo tiempo desengañados y avengonzados de su obra? ¿Cómo puede suceder que se encuentre en ninguna parte, ni aun en el fondo de la Gran Bretaña, ni en las cavernas inaccesibles de los Cévennes y de los Pirineos un pobre hombre tan estúpido, bastante insensato, bastante ciego ante lo que salta a la vista, bastante sordo a lo que se dice, para votar esto, aquello, lo otro, sin que nadie le obligue a ello, sin que se le pague ó se le satisfaga?

«¿Qué sentimiento extraño, a qué misteriosa sugestión puede obedecer ese bipédo pensante, dotado de voluntad según pretende y que va orgulloso con su derecho seguro de que cumple un deber, a depositar en una urna electoral cualquiera una papeleta, sea cualquiera también el nombre en ella escrito? ¿Qué puede decirse asimismo que justifique ó explique siquiera ese acto extravagante? ¿Qué es lo que espera? Porque, en fin, para consentir en imponerse a otros a otros que lo abrumen y se lo coman, preciso es que se diga que espera algo extraordinario que no sospechamos nosotros. Es necesario que, por extraviados cerebrales poderosos, las ideas del diputado concuerden en él con las ideas de ciencia, de justicia, de abnegación, de trabajo y de probidad; es preciso que en los solos nombres de Barbe y de Vilhuit, no menos que en los de Rouvier y de Wilson, descubra una magia especial, y que vea a través de una nube florecer y abrirse en Vergoin y en Hubbard las promesas de felicidad futura é inmediato alivio. Y

lo contrario, y lo desolaría el que un presunto delincuente llegara a justificarse. En el sitio, el único deseo del presidente es el de brillar a costa del acusado, de hacerle caer en las emboscadas de un interrogatorio hábilmente dirigido, de proseguir la obra tan bien comenzada por su colega el juez instructor, y de entregarle abatido, mudo, sin energía para defenderse, al ministerio público, que dará la última mano. Este, con solemnidad grotesca y voz que quiere parecer conmovida, con ayuda de los moldes viejos que desde siempre se lucen en los pretorios, se encarna en la víctima abatida por las ansias de la prevención, turbada por el aparato judicial, y aniquilada por el interrogatorio y las declaraciones. Cada palabra pronunciada por el acusado es un insulto, un ultraje, una exageración, una mentira.

«¿Qué suplicio tan horrible! El acusado se siente perdido, los ojos le zumban, apenas late su corazón; sus ojos se enturbian y sus oídos no oyen.

Y el ministerio público desnaturaliza sus menores palabras, falsea sus actos más pequeños. El patibulo le espera y el verdugo lo ejecuta, pero ese hombre que habla en nombre de la ley violada, de la humanidad escarnecida, es quien le habrá arrojado en manos del verdugo, precipitado bajo la cuchilla de la guillotina.

«La Humanidad, la Sociedad, la Ley! Los hombres graves hablan de ellas mucho, pero sólo una cosa les preocupa: su carrera: una sola les apasiona: el ascenso. Como el guerrero que camina sobre la sangre y a quien embriaga la victoria—porque le asegura el primer puesto—hasta el punto de hacerle olvidar a los heridos que ruegan de dolor, a los que gimen agonizantes y a los montones de cadáveres que cubren el campo de batalla, el magistrado considera una absolución como una derrota, una condena como un triunfo, y del número de meses de prisión ó de años de presidio que ha obtenido, de la cantidad de cabezas que ha hecho rodar al cesto sangriento, es de lo que depende su porvenir.

«¿Oh qué profesión tan cruel la de proveedor de las cárceles! Esos seres que van culpables en todas partes buscando criminales obstinadamente, que pasan la vida viendo en toda cabeza de acusado la de un amante que ofrece a los labios sanguinolentos de la s, nuestra *siada*, esos seres, también son hombres? ¿Se preguntan, se han preguntado jamás dónde viene esa audacia de erigirse en jueces de los demás? Explícase que en otros tiempos, cuando la justicia terrenal no era más que una copia de la justicia celeste, cuando los palacios de la justicia eran sólo las antecámaras de la corte en que reinaba el juez supremo, pudiesen algunos hombres creerse seres aparte dotados de gracias espirituales, colmados de favo-

Sobre este punto la opinión está hecha en el mundo entero. En accesos de franqueza, los mismos legisladores han dicho que la corrupción reina como soberana en las asambleas electivas. Los ministerios, los salones de sesiones y los pasillos tienen olores; por desgracia, según se dice, les falta la lengua, y es lástima, porque podrían contarnos muchísimo, de chanchullos, combinaciones y cabileos en que zozobra la conciencia de los elegidos.

He dicho, a propósito de la incompetencia de los parlamentos, que es muy difícil encontrar en las asambleas por elección hombres de verdadera valía; sírmonos que se las puede recorrer en todos sentidos sin hallar en ellas una probidad real. Un hombre resuelto a conservarse verdaderamente digno y puro, no tendría más que un medio de resistir al contagio: la fuga.

Ahi están quinientos ó seiscientos hombres a quienes se trasfieren todos los asuntos del Estado. Disponen de un presupuesto de cerca de cuatro mil millones; las causas más pequeñas comparecen a su presencia. Si papel es el de inmiscuirse en todas las cuestiones que interesan a cuarenta millones de individuos. Tienen en su mano un poder absoluto; son los dispensadores de todas las prebendas, de los favores todos; peticiones, reclamaciones, demandas no tienen probabilidad de ser tomadas en consideración si no llevan su firma; viven en una atmósfera de favoritismo y vanidad; están expuestos a todas las seducciones del poder. Bajo sus ojos las alianzas se pactan, se hacen los tratos, circulan las ofertas y los requerimientos, fórmanse grupos, surgen rivalidades, escallan competencias, se urden complots; y se comprende que un hombre puede impunemente exponerse a semejante contacto?

Igual sería admitir que se puede vivir en medio de los apesados sin adquirir el mal, que se puede estar impregnado de fenol y oler a patchouli, sumergirse en el agua sin mojarse, y sin quemarse arrojarse al fuego.

M. Laisant, muy familiarizado con los manejos parlamentarios, ha hecho en su libro *L'anarchie bourgeoise* un cuadro sorprendente de esa corrupción de las asambleas.

El periódico *Les Débats*, nada sospechoso de ideas subversivas, publica hace poco las siguientes líneas: «Muchos diputados no viven de su indemnización parlamentaria ni de sus rentas, ni del producto de ninguna profesión clasificada, pero explotan su influencia como se explota un negocio de comercio.»

En *Le Matin*, M. Julio Simón, que ha pasado entre los ele-

esto es lo que verdaderamente espanta. Nada le sirve de lección, ni las comedias más burlescas, ni las más horribles tragedias.

Véase, sin embargo, en los largos siglos que el mundo dura y que las sociedades se desenvuelven y suceden semejantes las unas a las otras, un hecho único que domina todas las historias: la protección a los grandes, el abatimiento a los pequeños. No puede llegar a comprender el elector que hay más que una razón de ser histórica: la de pagar un montón de cosas que no disfrutará jamás y la de morir por combinaciones políticas que no le importan.

«¿Qué más le da que sea Pedro ó Juan el que le pida el dinero y tome su vida, pues que está obligado a dispoñer del uno y a dar la otra? ¿Pues no! Entre sus ladrones y sus verdugos, tiene preferencias y vota por los más rapaces y los más feroces. Votó ayer, votará mañana y votará siempre. Los carneros van al matadero y nada dicen, y nada esperan, pero, al menos, no votan por el carnicero que los ha de matar ni por el burgués que ha de comerse los. Más bestia que las bestias, más borrego que los borregos, el elector nombra su carnicero y elige su burgués. Ha hecho revoluciones para conquistar este derecho.»

Así hay mucha gente que hace millares de cosas—y a veces de la mayor importancia—únicamente porque están consagradas por el uso, porque se hacen en torno suyo, porque le impulsan a ello, por el contagio del ejemplo, sin razonamiento, sin reflexión.

Tengo un amigo que se ha casado por la ley cuatro veces. Sus cuatro esposas lo han hecho desgraciado y ellas no han sido más felices. La muerte lo ha librado de dos y de las otras dos el divorcio. Durante veinte años, y gracias a la vida conyugal, su existencia sólo ha sido una serie de decepciones, disputas, contrariedades y desesperaciones. Tiene cuarenta y cinco años, buena posición y salta vigoroso. ¿Se cree que los cuatro ensayos le han enseñado a descender del matrimonio y convencido de que no sirve para vivir en familia? Pues no! de eso. No sólo deja de reconocer que la vida en común reclama, por lo menos, concesiones recíprocas y que en ella hay por lo común más sacrificios que satisfacciones, sino que está persuadido de que la felicidad no se halla más que en el matrimonio, y que sin esposa no podría ser dichoso. Ahora busca la quinta. Está atacado de *matrimoniaría*. Seguro estoy de que las lecciones nuevas no harán que se enmiende y de que morirá impenitente.

Tal es, sin duda, el «estado de alma» de los infelices ata-

res divinos y pensando llevar en sí una parte de la infalibilidad eterna. Pero en nuestra época de libre examen y de crítica científica, cuando está bien y claramente establecido que todos los hombres estamos formados del mismo barro y sujetos a las mismas miserias, a las mismas faltas, ¿puede imaginarse que los mortales tengan la jactancia de asumir con la calma de la reflexión y la sangre fría del razonamiento, la misión terrible de distribuir la justicia, la abrumadora responsabilidad de privar a un ser de su libertad ó de su vida?

«¿Cómo! Cuando se trata de nosotros mismos y las más de las veces no podemos discernir bajo qué impulso obramos; y se nos escapa el concurso de circunstancias que nos ha decidido; y el lazo, difícil de coger, que ha unido al punto inicial el sentimiento decisivo de la impresión final permanece desconocido para nosotros; y una palabra, una mirada, un suspiro, una mirada, hubiera bastado para que hiciésemos lo contrario de lo que hemos hecho, ¿hay hombres que fríamente se atribuyen el papel de ver claro en nuestros organismos, cuando en ellos reina la oscuridad? ¿Cómo! Cada ser tiene un sistema nervioso, una imaginación, un pensamiento, un temperamento, sangre, músculos suyos, sólo suyos, y otro se introducirá, como malhechor en ese yo especialísimo, por medio de la flauta falsa que lleva el nombre de justicia, y tres años, tres meses ó tres días después se comprometerá a reconstituir esa personalidad que cambia eternamente, a hacer revivir el instante pasado, a crear de nuevo las circunstancias del todo idénticas y a aplicarse en seguida a ese ser autónomo una regla general, fija, absoluta?»

«Justicieros, justicieros! Os atribuis un poder que nada justifica, una infalibilidad que no es os otorgado la naturaleza, una clarividencia que os niega vuestra condición de hombres, y que los privilegios de estado no podrán concederos. ¿Sabéis de qué incitaciones ha sido objeto ese hombre, de qué influencias juguete, qué impresiones ha recibido, qué ejemplos ha tenido a la vista, de qué múltiples circunstancias es fruto su indiscutible personalidad? ¿Lo sabéis, podéis saberlo? No.

La única cosa que os llama la atención es el acto que ha cometido, el perjuicio material que ha causado al poseedor del objeto robado. Lo único que podéis hacer es tener un Código, un libro redactado por los que pasan y hecho para defender sus usurpaciones contra reivindicaciones de los eternos despojados, y aplicarles su contenido. No nos habéis ya de probidad, de deber, de virtud, de justicia; no sois más que los intérpretes de una legislación hipócrita, inmoral, y vuestras funciones merecen la misma consideración y respeto que merecen el poder y la riqueza de que sois servidores retribuidos.

(Continuad.)

IV
La fuerza

Necesidad de la fuerza para reprimir la insurrección. Dos clases de insurrección: la individual y la colectiva. Contra la primera: magistratura, policía, gendarme, sistema penitenciario. Fisiología del magistrado. El derecho de juzgar y de condenar. Contra la segunda: los ejércitos permanentes para calar por la integridad de las fronteras. Superioridad en este punto de la nación armada. Como se educan las generaciones jóvenes en la religión de la patria y el culto al extranjero. Disfraz de embudo. Verdadero punto del soldado. Impotencia de los ejércitos permanentes para la integridad de la integridad de las fronteras. Superioridad en este punto de la nación armada. Como se educa a las generaciones jóvenes en la religión de la patria y el culto al extranjero. Los honores de la guerra. El culto de la gloria. La política no es más que una serie de mentiras é hipocresías.

Quien dice ley, dice delincuente. Quien dice delincuente, dice polizonte ó gendarme, magistrado que condena, carcelero

(1) M. Leliellier, exdiputado de la Argelia, depositó recientemente un proyecto de ley que tendía a hacer obligatorio el voto y a castigar al que no vota.

(2) La proporción de las abstenciones aumenta sin cesar. En 1883, era de 23.49 por ciento; en 1889, de 19.64; 212 electores inactivos, 7.333.286 electores votaron. El número de los que se abstuvieron se eleva, pues, a 3.250.326, lo que da una proporción de 31 por 100. En 1890 no hubo más que 2.193.477 de abstenciones. El aumento fue de 321.449 en cuatro años, ó sea más de doscientos mil por año.

Norman digno de observarse este promedio de 31 por 100 de abstenciones ha sido observado en algunos departamentos contienen grandes aglomeraciones y pueblan por más avanzados: en el Lido, llegó a 42 por 100; en el Loire, a 45 por 100; y en la Roca de Ródano, a 48 por 100.